

Capítulo 747: ¿Apuntándose?

«Tómate tu tiempo, amor. No hay necesidad de apresurarse.»

«Y-Yo sé lo que estoy haciendo, así que no tienes que tratarme como a un bebe. Es vergonzoso...»

«Aquí no hay nadie más que nosotros, así que no tienes por qué avergonzarte. Tómatelo con calma.»

Lillian respiró hondo, mientras retomaba la ardua tarea que tenía por delante.

En un esfuerzo por demostrar que el embarazo no había inhibido de ninguna manera su capacidad de funcionar independientemente de sus seres queridos, Lillian había estado intentando hacerlo todo por sí misma durante los últimos seis meses.

Y aun así, había un área en la que siempre terminaba cediendo y pidiendo ayuda. Ponerse los zapatos.

Sin el uso de la magia, o de sus seres queridos, Lillian era prácticamente inútil en esto. Hasta ahí llegó la personificación de la adaptación...

Pero después de un comentario sarcástico de Bekka durante el desayuno, juró que ya no aceptaría ayuda de nadie más allí.

Así fue como terminó forcejeando en el borde de la cama durante cuatro minutos enteros.

Abaddon estaba arrodillado justo frente a ella con una sonrisa paciente.

«...No necesito ayuda.» insistió Lillian.

«No estoy ayudando. Solo estoy mirando.»

«¡N-No puedes mirar! ¡Mira a la pared como todas esas perras!»

Abaddon miró hacia el otro lado de la habitación, donde el resto de sus esposas estaban de pie contra la pared, como prisioneras esperando que les revisaran sus cavidades.

...Casualmente, Abaddon ya había pensado en hacérselo. También Valerie, pero eso fue antes de que se dieran cuenta de que ella también estaba en el punto de mira del frío rechazo de Lillian.

Bekka: «¡Oye! ¡Ya dijimos que lo sentíamos, ¿vale?! No hay razón para que estés así—»



«¿Qué fue eso, Perra #1?»

«¡¡Lilli!!»

Abaddon se mordió el labio para evitar reírse.

En lugar de eso, decidió afrontar la situación y tomó a Lillian por el pie, para su inmediato disgusto.

«O-Oye, se supone que—»

«Sé que puedes hacerlo por ti misma, amor mío. Pero ¿acaso no nos casamos para ayudarnos siempre, incluso cuando no lo necesitamos?»

«Por supuesto que sí, pero—»

«Entonces no deberías tener problema en quedarte quieta para mí, ¿verdad?»

Abaddon ayudó a Lillian a ponerse las sandalias en menos de un minuto.

Aunque todavía parecía avergonzada, también había una parte de ella, que sin duda, se sintió conmovida por la cantidad de afecto que podía percibir en sus acciones.

Abaddon apoyó sus pies en el suelo y le dio un cálido beso en el vientre, que ella había empezado a encontrar molesto.

Lillian rodeó el cuello de Abaddon con los brazos y lo miró con calidez a los ojos.

«A veces, quiero tenerte solo para mí cuando haces cosas como esta... ¿Por qué no nos divorciamos de esas cosas de allí, y—»

«¡¡NI DE COÑA!!»

Las chicas se olvidaron colectivamente de su castigo y se abalanzaron sobre la pareja de amantes.

Ambos fueron mordidos, cosquilleados, restregados y lamidos, hasta el punto de que ni siquiera podían considerar escapar, aunque quisieran.

Abaddon estaba en el suelo, intentando escapar de debajo de Sif, Lailah y Tatiana.

De alguna manera, logró llegar hasta la puerta del dormitorio, y se detuvo cuando notó un par de pies negros, no femeninos, en su habitación.

Levantó la vista lentamente y encontró a su hijo menor, Bashenga, de pie en el umbral.

«...»





«...»

«...»

«...»

«...Simplemente volveré más tarde.» Bashenga se dio la vuelta.

«¡No!»

Las esposas prácticamente pisotearon a Abaddon para impedir que se fuera.

Por mucho que Abaddon estuviera decepcionado, no podía decir que no entendiera su emoción.

Bashenga había nacido distante.

Desde el momento en que empezó a hablar, Abaddon podía contar con una mano las veces que les había pedido algo egoísta.

Era muy diferente de Courtney, que pidió tres coches distintos el día que obtuvo su licencia de conducir.

Bash nunca había ido voluntariamente a la habitación de sus padres antes.

De hecho, antes de este momento, Abaddon ni siquiera estaba seguro de que su hijo supiera dónde estaba.

Teniendo todo eso en cuenta, Abaddon estaba tan curioso como ellas, por la razón de la repentina visita de su hijo.

«¿Es cierto que hoy vais a viajar a las Tierras de los Dioses?» preguntó, tan frío y regio como siempre.

«Así es.» Abaddon asintió mientras se incorporaba. «Un pequeño viaje de trabajo que Asherah me recomendó hacer.»

«¿Quieres venir con nosotros, por casualidad?» Eris sonrió radiante.

«Yo...»

Bashenga estuvo a punto de quedar cegado por los ojos brillantes de sus madres, que parecían obligarlo a no decir que no.

Su padre, aunque curioso, no era tan intenso al respecto, pero lo miraba fijamente, como si intentara arrancarle la respuesta con la mente.

«...No me opondría a una excursión así.»

Las esposas soltaron un jadeo colectivo de emoción.





«Pero si llego a ver a alguna de vosotras ponerle los labios encima a otra, me vuelvo a casa al instante.» dijo con firmeza.

«Intentaremos no exagerar.» prometió Audrina.

Abaddon no prometía ni una maldita cosa. El afecto era su razón para levantarse por la mañana.

Vivía de tocar y besar a sus esposas. A veces sucedía sin que siquiera se diera cuenta.

Hace poco asistieron a una de las competencias de atletismo de Courtney y tuvo que borrar la mente de todos los que lo vieron hacer crecer su cola inconscientemente para darle un azote a Lisa con ella.

En tiempo de Tehom, habían estado juntos más de mil millones de años. Y aun así, no estaba más cerca de resolver esa distorsión mental suya.

Pero bueno, al menos seguía intentándolo, y eso contaba como algo, ¿no...?

* * *

«Me voy a casa.»

«¡E-Espera, por qué?! ¡Ni siquiera estamos haciendo nada esta vez!»

«¿Entonces cómo llamas a esto?!»

Dentro de un entorno parecido a un carruaje, Bashenga estaba sentado frente a sus efusivos padres.

A su favor, no se estaban besando ni tocando de manera inapropiada.

Pero sus colas estaban fuertemente entrelazadas.

Este era otro gesto muy íntimo de los dragones, y uno que no se hacía a la ligera.

Bash pensó que bien podría vomitar.

Los tres estaban sentados en un palanquín, lo bastante grande como para que cupiera cómodamente un camión de tamaño completo.

Estaba atado al lomo de una gran criatura de piel gris, parecida a un lagarto, con múltiples pares de feroces ojos rojos y protuberancias óseas que sobresalían de sus escamas.

Gandora era casi como un caballo de batalla, en el sentido de que se deprimía un poco cuando no tenía nada que hacer.

Por eso, estaba más que feliz de cargar a la familia en su enorme espalda.



Una vez que se hizo lo bastante grande para llevar a los tres, por supuesto...

Mucho antes de que los tres hubieran abandonado por completo el abismo, Abaddon se veía un poco diferente.

Mientras se dividía, como normalmente hacía al salir de Tehom, sintió cómo su largo cabello se retraía en su cabeza y sus ojos se volvían inconscientemente dorados.

Reflejando su distinguida edad, una barba incipiente se formó alrededor de su boca y mandíbula. Su cabello también se volvió de un blanco celestial.

No cabía duda de que Helios era el abuelo de este hombre. Se parecía exactamente a él.

Aunque era bastante más apuesto... pero nadie debería mencionarle jamás eso al dragón dorado.

Ayaana sintió que empezaba a salivar, mientras sus manos desarrollaban la desesperada necesidad de manosear algo. «Dilf.»

«Me voy a casa.» Bash se levantó, mientras su propia piel se volvía inconscientemente de un marrón más suave y sus extraños ojos mucho menos intimidantes.

«¡No!»

«¡Entonces dejad de usar las palabras terrenales de Courtney!»

«¡Jamás! ¡Vuestras madres también tenemos derecho a divertirnos!»

«Ugh...» Su hijo puso los ojos en blanco, mientras Ayaana trataba a su marido como una mascota y le pasaba las manos por toda la cara y la parte superior del cuerpo.

Él intentó ignorarlo lo mejor que pudo, o de lo contrario se habría arrancado los ojos.

«...Esta sí que es una visita no oficial. Hace tiempo que no veía ese cuerpo.»

«Con suerte mitigará un poco el pánico. La última vez que aparecí aquí con mi cuerpo completo, todo el lugar estaba de rodillas antes de que siquiera empezara a subir los escalones.» Abaddon suspiró.

Todo ese pánico, solo porque había ido a devolver un pequeño platillo que se había quedado en su casa...

«Es raro que quieras acompañarnos en una salida, hijo.» señaló Ayaana.
«¿Hay alguna razón detrás, o solo querías salir de la casa?»



Bash miraba inconscientemente sus pies descalzos, mientras buscaba una respuesta.

«No es nada grave. Simplemente quería salir un momento.»

«No me sorprende que quisieras abandonar vacío negro al que llamas habitación... Desearía que al menos pusieras algo de mobiliario o algo así.» Abaddon negó con la cabeza.

«La falta de muebles y comodidades modernas es intencional, para que ninguno de vosotros quiera quedarse.»

«¿Y qué tal te está funcionando eso?»

«...» Bash pensó en ayer, cuando Thea y Mira entraron en su dominio y empezaron a hacer volteretas infinitas a través de su nada.

«...Mal.» admitió finalmente.

De repente, los tres dragones sintieron que la atmósfera fuera del palanquín cambiaba por completo.

Su carruaje se sacudió, cuando Gandora hizo un aterrizaje nada sutil y, sin duda, agrietó el suelo también.

«¿Ya hemos llegado?» bostezó Bash.

«Parece que—»

«¡¡¡AHHHHH!!! ¿¡QUÉ ES ESOOO!?!»

«¡¡Los dioses!! ¡¡Que alguien llame a los dioses!!»

«¡¡El fin de todo lo que conocemos ha llegado OTRA VEZ!!»

«...» Mientras los tres escuchaban el pánico afuera, todos reprimieron sus risitas.

Honestamente... siempre era una molestia cada vez que llegaban al Monte Olimpo.

